

# La formación del traductor y la mundialización

Ya no alcanza con conocer una segunda lengua, dice el especialista canadiense. Gémar opina que, en plena mundialización, el traductor profesional debe conocer una tercera o cuarta lengua y que un proyecto de capacitación, aprendizaje o perfeccionamiento «es la verdad que debe guiar al traductor».

| Por **Jean-Claude Gémar**, profesor emérito de la Universidad de Montreal |

| Traducción: **Trad. Públ. Dra. Claudia Dovenna** |

¿Y si no asistiéramos al fin de la historia, sino más bien a su (eterno) recomenzar? Bien podemos pensar esto cuando observamos que algunos valores y principios típicos de la Edad Media y del Renacimiento reaparecen bajo el ropaje de la «mundialización de los intercambios».

Actualmente, utilizamos el término *mundialización*<sup>1</sup> para definir todo aquello que, en épocas que algunos aún imaginan lejanas, constituía la norma imperante en el ámbito de la cultura, la educación y la capacitación en general. Tanto para el más grande de los eruditos como para el más humilde de los «compañeros», el *tour* —de Francia, de Europa o de cualquier otra parte— representaba una etapa indispensable en el trayecto educativo que se debía recorrer. Y esto era válido para el estudiante de medicina, el carpintero, el ayudante de escribanía, el espadachín profesional o el orfebre. Se trataba de un proyecto que abarcaba una gran parte de la vida, cuando no la vida entera, o de una capacitación continua, siempre *in crescendo* hasta llegar a la meta final que constituía la «obra maestra», como una especie de Santo Grial alcanzado luego de un recorrido pletórico tanto de trampas como de laureles. Pero el

resultado bien valía los sacrificios y esfuerzos realizados. Se podía hablar, entonces, de una cultura nacional o internacional, de un saber hacer adquirido a través del contacto directo con otras regiones, sus tradiciones, pueblos, idiomas y diversidad de idiomas. Pensemos en las lenguas de oíl y de oc, y en los numerosos acentos, variantes y transformaciones que a partir de ellas se generaron, pese a lo reducido de su ámbito de influencia. Esto nos permite tener una idea de lo que podía representar el aporte lingüístico y cultural de la región vecina para el temerario aprendiz que osaba aventurarse fuera de su microcosmos. Esta suerte de «intercambio cerebral con el otro» es, aún hoy, la mejor manera de abrir y desarrollar nuestra intelectualidad.

Las universidades europeas, a través del programa *Erasmus* (Erasmus, cuyo nombre es representativo del sentido y alcance de este tipo de intercambios y circuitos), han recuperado la forma y el sentido de una tradición secular que había sido vaciada de contenido a causa de las guerras, los conflictos religiosos y sociales y otras luchas internas. ¿Podemos imaginar que el traductor (así como también el intérprete, evidentemente, y el terminólogo) puede permanecer indiferente frente a este

1- Término preferible a «globalización» que es un calco del inglés

## >> La formación del traductor y la mundialización

fenómeno y ante este recurso potencialmente inestimable que le incumbe de manera directa en tanto profesional del lenguaje? Al respecto, las principales escuelas de traducción del mundo occidental, agrupadas en la CIUTI (Conferencia Internacional de Centros Universitarios de Traducción e Interpretación), no se han quedado atrás. Los intercambios de estudiantes —e incluso de formadores— se multiplican a medida que las necesidades aumentan. Y todos sabemos a qué velocidad lo hacen y a qué ritmo se desarrolla la Unión Europea. Esta situación no deja de suscitar enormes problemas de logística y de gestión, sobre todo en el ámbito de los intérpretes: ¡una veintena de lenguas = varias veintenas de combinaciones posibles!

En la actualidad, hablar de traductores simplemente bilingües es un anacronismo que solo mantienen vigentes algunos países como Canadá, a fin de justificar la presencia de dos lenguas oficiales en su territorio. El traductor debe conocer al menos tres lenguas —y con esto me refiero a las lenguas de comunicación internacional: por ejemplo, los idiomas oficiales de la ONU—. Esto le permitirá ejercer su profesión con excelencia. Todos pensamos en el español, lengua que las oleadas sucesivas de inmigración y el NAFTA difundieron hasta el extremo septentrional de América del Norte (Canadá). Pero este motivo, aunque necesario, no es suficiente. Como una suerte de trampolín profesional, la tercera lengua contribuirá a abrir la mente del traductor, que se enriquecerá con el aporte foráneo. Más aún: otro idioma —y mejor aún si este pertenece a una familia lingüística *diferente* de la de la lengua del traductor e, incluso, de la de las otras lenguas que él domina— le será útil y beneficioso al mismo tiempo.

Querría convencer a los traductores —y también, por qué no, a algunos intérpretes...— de que una cuarta lengua no es solo un ideal

para tener en cuenta, sino que constituye un paso necesario hacia la realización personal; la esperanza de realización del potencial que todos, en mayor o menor medida, llevamos dentro. Y no me refiero únicamente a los traductores. Después de todo, en su caso se trata de su profesión, y todo profesional consciente debe tener el objetivo de efectuar sus tareas lo mejor posible. Hay otras disciplinas que dominan idiomas extranjeros, tan eficazmente como los profesionales del lenguaje o, a veces, incluso mejor. Se trata de cuestiones de gusto, circunstancias, talento e interés personal. En algunos autodidactas, la práctica del autoaprendizaje alcanza resultados excepcionales, fruto de lo que puede generar la combinación de una gran motivación y de una capacidad intelectual innata. En el caso de los traductores existen, además, la obligación y el interés profesionales. Estos aspectos deberían alentarlos a desarrollarse por sí mismo, a fin de ofrecer a su clientela el mejor servicio posible. El incremento de calificación o de conocimientos que obtiene se integra a su saber hacer, lo que será volcado en sus actividades de traducción.

Me dirán: esto es perfecto en teoría. Pero ¿cómo se manifiesta en la práctica? La respuesta parecerá simplista e, incluso, evidente. El conocimiento de otra lengua no se limita a enriquecer el vocabulario de quien lo posee. Cuando, además, se trata de una lengua de una familia diferente de aquella a la que pertenece nuestro idioma, los beneficios serán más amplios y profundos. Pienso en el chino, el turco, el farsi o el árabe, entre otras lenguas. Acceder a otra cultura, a otra manera de decir, de pensar y de hacer alimenta nuestro intelecto: es más bien la diferencia y no la proximidad lo que es fuente de enriquecimiento personal. Esta diferencia, esta distancia en relación con nuestra lengua, nuestra cultura y nuestros conocimientos constituyen otros tantos

factores multiplicadores. Son el medio para que, al abandonar su idioma, sea posible regresar a él de una manera más eficaz —tal como expresó Gide— para adentrarse en él a fondo. Este es uno de los secretos de ese comercio íntimo que mantenemos con nuestra lengua materna y que hace que el traductor exprese tanto mejor, en el texto meta, las sutilezas presentes en el texto fuente cuanto más claramente se haya apropiado de las equivalencias propias de la lengua de llegada en todos los aspectos: sintáctico, léxico, estilístico e idiomático.

Sin embargo, no basta el simple conocimiento lingüístico —el saber hacer de las palabras— para convertir a un profesional concienzudo en un excelente traductor. Es también necesario contar con una sólida cultura, adquirida a lo largo de años de estudio, de búsquedas y de investigaciones personales. Esta cultura solo la adquiere quien está animado por una permanente curiosidad intelectual.

Esto no debe llevarnos a concluir que el traductor debería contentarse con conocer a los buenos autores y sus obras para considerarse una persona cultivada. Este tipo de cultura —es decir, la relacionada con el conocimiento de las obras literarias— es buena y necesaria, pero es insuficiente. No puede constituir, por sí sola, el «bagaje» (la enciclopedia, los «elementos cognitivos») del traductor contemporáneo y, *a fortiori*, de aquel del futuro. La evolución reciente de la sociedad, que tuvo lugar en las últimas décadas, hace que este tipo de cultura sea notoriamente insuficiente para responder a las obligaciones actuales a las que debe enfrentarse el traductor. Actualmente, en pleno siglo XXI, la división arbitraria del conocimiento entre «letras», por un lado, y «ciencias», por el otro, ya no tiene razón de ser, tal como lo han demostrado filósofos y científicos como Michel Serres, Edgar Morin y Albert Jacquard, entre muchos otros. Un armonioso equilibrio entre estos dos saberes —similar al funcionamiento

de nuestros hemisferios cerebrales— permitirá ejecutar lo que cada uno de ellos no podría efectuar por separado: la persona «concienzuda» (o traductor, en nuestro caso) de nuestra época. Las actuales exigencias que conlleva la actividad de traducción son prueba permanente de la veracidad de esta afirmación.

Por otra parte, el traductor debe dominar numerosas herramientas que las últimas tecnologías ponen a su disposición como auxiliares para su labor (TA, TAC, etcétera). Actualmente, la actividad de traducir implica un conjunto de conocimientos que van más allá del limitado marco (por más vasto que este sea) de los dos grandes ámbitos de la actividad humana: los hechos de la naturaleza y los de la cultura. Cuando afirmo esto no quiero invocar de manera nostálgica una antigua época dorada, la de una cultura tan enciclopédica como vana o ilusoria propia de Pantagruel, fundada en la polivalencia de los campos de conocimiento y en el dominio de las herramientas que la fuerza de la actual economía planetaria impone al profesional independiente.

Esta es la verdad que debe guiar al traductor en su empresa, su proyecto de capacitación, ya sea que se trate del aprendizaje o del perfeccionamiento, de la acción puntual de adquisición de conocimientos o de la actividad atinente al constante mantenimiento y desarrollo de estos. Es de esta forma que podrá adaptarse a la rápida evolución de una actividad exigente, sin temor a quedar rezagado en un lapso más o menos breve, y cumplir con sus obligaciones profesionales de una manera tan satisfactoria para su cliente y empleador como para sí mismo. Este objetivo constituye, en suma, lo esencial y debería ser la meta de todo profesional, ya sea de la traducción o de cualquier otro campo. ■